

Históricas Digital

Pedro Salmerón Sanginés

“La historia de los triunfadores”

p. 481-498

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

La historia de los triunfadores*

PEDRO SALMERÓN SANGINÉS
Programa de Posgrado en Historia, UNAM

¿Qué llevó a Héctor Aguilar Camín a escribir la historia de los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana?, ¿qué empujó a un niño de Chetumal, un adolescente de la colonia Condesa de la ciudad de México y un joven que estudió periodismo —o algo así— en una prestigiada universidad privada a rastrear la huella de los broncos norteños que ganaron una larga lucha armada y fundaron el Estado mexicano moderno?

Él mismo le ha dado un importante peso al movimiento de 1968 que, aunque vio desde la banqueta —en su carácter de recién graduado—, lo sacudió profundamente. En una excelente novela que tiene, como todas, algunos rasgos autobiográficos,¹ hace decir al nunca nombrado² narrador:

Luego de la matanza de Tlatelolco, en octubre de 1968, tocado más que nunca por lo inmediato, Vigil buscó una receta para el presente en el estudio de la Revolución Mexicana [...]. Diseñamos juntos su historia del pasado más reciente (1910-1936), empezando por la elección heterodoxa

* Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977, 450 p. (Historia). Además de esa primera edición (varias veces reimpressa), existen, al menos, tres más que hay que considerar: la de la Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Publicaciones/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Siglo XXI Editores, 1985, 450 p. (Cien de México); la que apareció bajo el título *La revolución que vino del norte*, en tres tomos profusamente ilustrados en que el texto de *La frontera...* es precedido por un brillante ensayo titulado “Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana”, presentado por Aguilar Camín en un congreso en Inglaterra en abril de 1977, y la edición conmemorativa de los veinte años de la aparición pública del libro, que bajo el sello de Cal y Arena, fechada en 1997, agrega una “Nota a la segunda edición” y hace algunas correcciones menores, en cuestiones formales. Aquí, salvo que se indique lo contrario, utilizaremos la edición de Cien de México, que agotó sus 30 000 ejemplares, y se citará en el texto, con el número de página entre paréntesis, sin otra indicación.

¹ Héctor Aguilar Camín, *La guerra de Galio*, México, Cal y Arena, 1988, 590 p. Al respecto dice nuestro autor que la novela es “poco autobiográfica” aunque sí procura ser un retrato generacional (casi podríamos decir, una autobiografía colectiva). Es poco autobiográfica, pero incorpora experiencias personales del autor “como piezas sueltas [...], no como parte de un planteamiento autobiográfico”. Entre esas piezas sueltas destaca la especialidad histórica de Carlos García Vigil —o Vigil, a secas—, protagonista de la novela: “los revolucionarios del norte, y su visión de ese mundo”, y la manera en que escribió esa historia. Pedro Salmerón S., “Entrevista a Héctor Aguilar Camín a propósito de *La frontera nómada*”, México, abril de 2001 (citada en adelante como “Entrevista...”), p. 8-10.

² Muy recientemente nos enteramos de que se llama Adriano, protagonista de la última novela de Héctor Aguilar Camín, *Las mujeres de Adriano*, México, Alfaguara, 2001, 188 p.

de su objeto: los olvidados revolucionarios del Norte que habían ganado la guerra civil y gobernado por quince años el país. Era la hora (1969) en que ningún historiador serio había dedicado un libro a preguntarse por el secreto de esos hombres decisivos, su trayecto, su vocación, su sino triunfal —y triste, como todos los otros.³

De modo que en 1969, dejando el periodismo para después, Héctor Aguilar Camín entró “a fatigar los deberes anticuarios de la historia en El Colegio de México”,⁴ donde don Daniel Cosío Villegas y don Luis González y González le enseñaron —diría este último— el oficio de historiar.

La historia (o Historia) cuyos secretos quería aprender era, ni duda cabe, una “historia para hoy”, según respondió a la pregunta expresa que en 1980 les hizo Alejandra Moreno Toscano, entonces directora del Archivo General de la Nación, a varios historiadores de renombre: *Historia ¿para qué?*; “los pueblos —dijo entonces Aguilar Camín— voltean ansiosamente al pasado sólo en las épocas que parecen atentar contra ellos [...], en épocas de sacudimientos y malos agüeros, de incertidumbre o cambio de destino”, y no es raro entonces que los actores sucumban “a la tentación de protegerse en ella y repetirla”.⁵

Partiendo de esa premisa, y considerando que con la masacre del 2 de octubre de 1968 la nación mexicana entraba en una nueva —y prolongada— crisis caracterizada por la pérdida de “la confianza en la bondad de su presente”, sus logros y sus milagros, y la cotidiana constatación de “sus insuficiencias silenciadas, sus fracasos y sus miserias”, había que recurrir, otra vez, a la historia, para hoy, para explicar el presente. Había que preguntarse por la Revolución (“realizada”) para entender al Estado que había sido capaz de un 2 de octubre.

No era el único que estaba haciéndose ese tipo de preguntas: los sucesos de 1968 habían puesto en evidencia el agotamiento del sistema político mexicano, sacando a plena luz —por si hacía falta— sus modalidades autoritarias y represivas, la crisis del modelo... “el fin del milagro” (como dijo años después Aguilar Camín). Los historiadores de la generación que sufrió en carne propia la represión gubernamental no estaban dispuestos, como sus antecesores, a ser compañeros de viaje del Estado mexicano ni a suscribir la idea de Revolución que le daba sustento. Había que repensar el pasado.

En pocos años se sucedieron los libros que estudiaban críticamente esa Revolución, y que encontraron un ávido mercado de lectores deseoso-

³ Aguilar, *La guerra...*, p. 16-17.

⁴ Héctor Aguilar Camín, *Historias conversadas*, México, Cal y Arena, 1992, 211 p., p. 67.

⁵ Carlos Pereyra et al., *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, 245 p. (Historia Siglo XXI), p. 147-148.

sos de acompañar a los nuevos investigadores en la tarea de desentrañar los misterios de nuestro peculiar y omnipresente Leviatán (“criollo”, lo apellidó Aguilar Camín en 1982). Estos historiadores, llamados genéricamente “revisionistas”, se empezaron a preguntar cosas que antes habían sido soslayadas: ¿quiénes hicieron la Revolución? ¿De donde venían? ¿Qué los llevó a la lucha armada y qué hicieron en ella? Las preguntas empezaron a dejar de ser qué, cuándo, dónde, cómo, para dar lugar a los por qué y los para qué. La Revolución dejó de ser asunto de caudillos y prohombres, para empezar a ser acción social, colectiva, y de paso, perdió su carácter unitario y nacional: de aquel movimiento unívoco y comprensible los revisionistas fueron extrayendo otro, múltiple y complejo, fragmentado casi hasta la inasibilidad.⁶

Los nuevos historiadores comenzaron por descubrir que la Revolución no había sido traicionada, como sostenían los críticos de antaño, sino que había construido el Estado que sus triunfadores se habían propuesto, y la revelaron como “una revolución cabalmente cumplida, lograda, del todo coherente con sus propósitos”, porque el “proyecto real” de los vencedores “apuntaba justamente al tipo de sociedad con que México había entrado a la década de los setenta: capitalista, desigual, atada al furgón norteamericano, industrial y urbana, autoritaria, con un sistema político de eficacia y disciplina porfirianas”; lo que no quitaba que los vencedores y sus descendientes —los priistas— usufructuaran “el mito de una revolución popular” que “fue gobernada en la realidad por gente que no tuvo una inspiración popular para hacer esa revolución”.⁷

Y para terminar de descubrir eso, hacía falta el libro con el que en 1977 Aguilar Camín se incorporó a la lista de imprescindibles, *La fronte-*

⁶ Los estudios sobre el revisionismo superan con creces los trabajos sobre los historiadores de la Revolución anteriores a este auge; vale mencionar a Alan Knight, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana”, y Paul J. Vanderwood, “Explicando la Revolución Mexicana”, *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, n. 13, enero-abril 1989, p. 23-43 y 5-22, respectivamente; Álvaro Matute, “Los actores sociales de la Revolución en 20 años de historiografía”, y Arnaldo Córdova et al., “Vieja revolución ¿nueva historiografía”, *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, v. XLIV, n. 466, noviembre 1989, p. 10-17; Romana Falcón, “Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades/Porrúa, 1990, 454 p. (México: Actualidad y Perspectivas), p. 61-89, y Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, 229 p., p. 119-152.

⁷ Aguilar, *La guerra...*, p. 110. Las frases entrecomilladas pertenecen a los argumentos dados por Vigil a su amigo Pancho Corvo, quien, pese a las reticencias de Vigil, concluye sobre los sonorenses, tras las explicaciones del joven historiador: “Lo que quieres decir es que en realidad sí fueron los canallas que sabíamos que fueron”, y sobre sus descendientes, “Es decir, que sus descendientes hasta la fecha son también los canallas oportunistas que siempre hemos sabido que son”.

ra nómada: Sonora y la Revolución Mexicana, una versión ligeramente pulida (y “despojada de los *gags* académicos del caso”) de la tesis doctoral que había presentado el año anterior.

Nuestro autor había llegado al estudio de la Revolución, como ya dijimos, empujado por la matanza de Tlatelolco que, para él como para tantos de su generación, ponía en evidencia el agotamiento de un régimen autoritario y vertical bajo el que se negaban a vivir; y puesto a elegir por sus maestros un tema monográfico poco trabajado (según las “supersticiones académicas” que entonces imperaban y que parecen seguir imperando),⁸ optó por esos jefes sonorenses que, para él, explicaban mejor al Estado mexicano que los míticos revolucionarios vencidos. Pero más abajo, casi escondido en las profundidades aguilarianas, había una razón de mayor peso que esas “supersticiones académicas” para elegir a los broncos jefes sonorenses como objeto de estudio:

En la historia de la sociedad de frontera sonorenses, su aislamiento, su espíritu emprendedor, hubo para mí un eco inmediato de mi propia memoria infantil y familiar. El Chetumal y el Quintana Roo donde yo nací había sido también una sociedad de frontera, librada a su propia suerte en el siglo XX, como Sonora en el siglo XIX. Yo nací en una sociedad separada, por decirlo así, del resto del destino nacional, tal como había estado la sociedad sonorenses hasta la Revolución. Como la sociedad sonorenses, la de mi pueblo era una sociedad de aluvión.⁹

Es decir, apenas se pone uno a pensarlo, dice Aguilar, y las “distancias insalvables” entre el desierto de Sonora y la selva de Quintana Roo se van convirtiendo en fuertes “nexos invisibles”: ambas sociedades tuvieron su auge económico a partir de la violenta pacificación de sus respectivos indios insumisos, y ambas vivían con las heridas recientes y el fantasma de esas guerras;¹⁰ ambas habían sido “zonas de evangelización tardía y epidérmica”. Y aún más: el Quintana Roo de la memoria familiar de Aguilar Camín había sido gobernado con mano de hierro (tan férrea como la de Corral, Izábal y Torres, los triunviros porfiristas de Sonora) por Margarito Ramírez, un superviviente político de la estirpe sonorenses (aunque jalisciense de origen). Otros sonorenses impactaron a Quintana Roo en la era revolucionaria: Salvador Alvarado, el goberna-

⁸ “Entrevista...”, p. 1-2.

⁹ *Ibid.*, p. 5.

¹⁰ La guerra de castas en un extremo y la del yaqui en el otro, con la guerra apache librada por los chihuahuenses —y los propios sonorenses—, son las más sangrientas y largas de las guerras libradas por la nación mexicana —o partes de ella— contra grupos indígenas.

dor radical de Yucatán, y Carlos Plank, gobernador del territorio en los años veinte.¹¹

Llegado a la historia de Sonora por estos caminos, Aguilar saca a la luz en *La frontera nómada*, motivo de estas páginas, la historia de quienes ganaron la guerra civil e hicieron del Estado surgido de la Revolución lo que éste ha sido; la historia, pues, de la lucha de los sonorenses que, “en tanto resultado y en tanto procedimiento, tiene poco que ver con aquellas otras tendencias populares que la mala memoria y los veintes de noviembre han consagrado como santo y seña de la Revolución” (p. 10), o como lo dijo veinte años después, “El México de fin del siglo XX se parece más al que fundaron Carranza, Obregón y Calles que al que pudieron soñar Zapata y Villa [...] porque fueron ellos quienes tomaron las decisiones que hicieron el porvenir”.¹²

Y verdaderamente faltaba esa historia, por una razón que Aguilar atribuye a alguna misteriosa característica psicológica de los mexicanos: “la de los sonorenses es una historia de triunfadores; acaso por ello, en un país inclinado a ponerse del lado del que cae, a reservar para sí la identidad del vencido, es también una historia no escrita o escrita fragmentariamente” (p. 10). Luego del lapso gardeliano (o dumasiano), Aguilar transformó el muy significativo párrafo del que extraigo estos cuatro renglones, en el eje de la nota agregada al principio del libro. No en vano: ahí estaban, ya, los zapatistas de fin de siglo, tremolando la imagen de un héroe caído, un caudillo vencido, pero mucho más importante en el imaginario popular que aquel otro, cuyo retrato estaba detrás del jefe del Estado en su primera respuesta a la rebelión en Chiapas: Venustiano Carranza.

El hecho es que antes de Aguilar Camín sólo se habían ocupado de los sonorenses sus amigos y seguidores o sus enemigos.¹³ Varias biografías apologéticas de Obregón y Calles y autobiografías de sus antiguos compañeros de armas y grillas se empolvaban en olvidados rincones de las librerías de ocasión, lo mismo que las hagiografías de los mártires cristeros,

¹¹ Margarito Ramírez y su estilo de gobierno aparecen en al menos un cuento de Aguilar, “La noche que mataron a Pedro Pérez”, *Historias conversadas...*, p. 93-116. Las deudas pendientes que Aguilar tenía con Chetumal las pagó en varias de las historias de ese libro y, sobre todo, en su penúltima novela, *El resplandor de la madera*, México, Alaguara, 1999, 470 p.

¹² “Nota a la segunda edición”, fechada en enero de 1997, p. 17.

¹³ La lista de revolucionarios metidos a historiar pertenecientes al “Grupo Sonora”, no es pequeña, y la encabezan el propio caudillo Álvaro Obregón, y sólo faltó el general Plutarco Elías Calles para que los seis presidentes del periodo gobernado por ellos escribieran su[s] libro[s]: Adolfo de la Huerta, Pascual Ortiz Rubio, Emilio Portes Gil y Abelardo L. Rodríguez lo hicieron. También aportaron lo suyo, sobre la lucha armada o etapas posteriores, Salvador Alvarado, Amado Aguirre, Aaron Sáenz, Alfredo Breceda, Carlos Róbinson, Juan Gualberto Amaya, Miguel Alessio Robles, Alberto J. Pani, Pedro J. Almada, Esteban Baca Calderón, Juan de Dios Bojórquez y algunos más.

que en justa correspondencia satanizaban a los caudillos sonorenses. No ayudaban mucho a comprender qué había pasado, y unas y otras estaban todavía ahí en los años sesenta, cuando Jorge Ibarguengoitia se dedicó a comprar por kilo las primeras, extrayéndoles un jugo riquísimo e inesperado que tradujo en *Los relámpagos de agosto*,¹⁴ y Jean Meyer escrutó las segundas rastreando una información que pronto prefirió ir a buscar en las serranías del occidente.

A diferencia de esos textos, el libro de Héctor Aguilar Camín, fruto de otro tiempo y resultado de otras preguntas, buscaba *comprender*, explicarse cómo se las habían ingeniado los jefes sonorenses para imponerle a la nación entera una hegemonía “vasta y de efectos perdurables”. Es una historia que buscaba describir “los procedimientos revolucionarios de los sonorenses” y “el contexto histórico que los hizo posibles”, mediante una investigación aguda y rigurosa, que llena de detalles esa crónica, mediante lo que Aguilar llamó con falsa modestia “un método pueblerino” de historiar (influencias de don Luis González), que a cada paso trata de responder una serie de preguntas clave, tal como se explica en el prefacio:

Quien dice en un libro de historia: “Rodríguez se levantó en Cocóspera con 150 hombres” y sigue de largo, suple la explicación del hecho con su mera enunciación, omite lo esencial: quién era Rodríguez, quiénes los 150, por qué Rodríguez estuvo al frente y por qué los demás lo siguieron. Y así en cada incidente [p. 10].

Era ése el método que se requería, pensaba Aguilar, para explicar la historia de una sociedad compuesta por unas 80 familias extensas y dos etnias clave (yaquis y mayos), más los fuereños “atraídos por un vendaval de cambios que en una década hizo aparecer y desaparecer ciudades, fortunas, destinos”. De modo que había que reconocer, apellido por apellido, la trama social y económica de esa frágil sociedad, cuya historia Aguilar reconstruyó mediante un trabajo de detalle, con ayuda de miles de telegramas y otros documentos que reflejaban “la vida local a propósito de los más diversos incidentes”, bordando a mano, dice nuestro autor.¹⁵

¹⁴ Dice Jorge Ibarguengoitia: “*Los relámpagos de agosto* no es una novela histórica, pero sí libresca. Se deriva de las lecturas que hice durante el tiempo que me dediqué a preparar y escribir *El atentado...* Esto ocurrió hace cerca de veinte años, las librerías entonces solían tener una mesa con un letrado que decía ‘Revolución Mexicana’, en la que había libros escritos veinte años antes, por gente que sentía que había participado en la historia pero que su actuación no había sido entendida, que no tenía oficio de escritor, pero que escribía libros para justificarse y pagaba la edición. Nadie compra los libros y veinte años después allí estaban, en una mesita aparte, esperando que un ocioso se los llevara”, en *Autopsias rápidas*, México, Vuelta, 1988, 290 p. (La Reflexión), p. 72.

¹⁵ “Entrevista...”, p. 10.

Luego de siete meses en Sonora, de donde regresó con miles de fichas extraídas del Archivo del Estado y de otros repositorios documentales, Aguilar Camín se encerró en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, “una pequeña casa empotrada en las faldas del Castillo de Chapultepec”, para escribir a marchas forzadas, acuciado por los plazos perentorios impuestos por El Colegio de México, la historia de los revolucionarios sonorenses.

Escribí más o menos como se cuenta en *La guerra de Galio*: con las tarjetas ordenadas en la secuencia narrativa que según yo hacía sentido, tratando de explicar los detalles de cada situación más que su sentido general. Y encerrado, tecleando, corrigiendo y volviendo a teclear, viendo crecer el manuscrito inconteniblemente [...]

La narración cronológica fue ordenada en unos cuantos temas recurrentes a lo largo de todos esos años: la sombra persistente de violencia indígena, la organización y la contención de la violencia desde los instrumentos del gobierno estatal, la pugna política de jefes y dirigentes, la lógica financiera de la guerra vinculada centralmente a la relación con Estados Unidos, sus intereses de este lado y la frontera como gran proveeduría [...]

Yo ordené las tarjetas por orden cronológico siguiendo esas líneas temáticas y empecé a escribir sin otra pretensión que la de hacer fluido el texto, dejándome ganar en todo momento por las cosas que me sorprendían. Fue el primer libro que escribí con rigor arquitectónico, trazando su estructura como en un mapa y llenándola después.¹⁶

El resultado fue el libro que nos ocupa, que arranca, simbólicamente, en los primeros días de 1910, cuando don Francisco I. Madero, llegando desde Sinaloa, se internó en “Sonora, objeto y obsesión de las páginas que siguen y de esta verdadera y rigurosa historia” (p. 18).

Sonora, pues, o mejor los sonorenses, pero, ojo, los sonorenses antes de tener el tamaño que los llevaría a las estatuas. La historia que cuenta el libro

es la de unos hombres de frontera que fueron a la revolución sin saber que fundarían el Estado mexicano moderno y su profusa mitología popular. Es la historia de unos rancheros y maestros de pueblo, unos obreros itinerantes, unos pequeños agricultores, soldados recientes, burócratas sin brillo, comerciantes y profesionistas ambiciosos que se hicieron a las armas en autodefensa de su tierra natal y terminaron al frente de un país destruido y renovado por una guerra civil.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*, p. 12-13.

¹⁷ De la “Nota...” a la edición de Cal y Arena, p. 18-19.

Y así es, en efecto: Álvaro Obregón sale del libro en el verano de 1914, cuando el pleito entre Carranza y Villa dejó varada en sus campamentos a esa poderosa División del Norte que había “quebrado el espinazo federal”, y el ex presidente municipal de Huatabampo pudo poner proa rumbo a la capital de la República, a recoger, él solo, el guiso sazonado por todos (no sin destruir antes, en Orendáin y El Castillo, el último núcleo federal que combatió en esa guerra: nuestro hombre también hizo lo suyo). Obregón, pues, sale de escena cuando Aguilar puede decir de él: “No era más un caciquillo local; había cambiado los cálculos de campanario de Huatabampo por las previsiones estratégicas de una vasta geografía”; es decir, cuando “El llamado del porvenir clausuraba los traspiés del pasado” y sus errores, rivalidades locales y las acusaciones de ilegitimidad y oportunismo (es decir, todas esas minucias que hacen de un pueblo chico un gran infierno, con todas sus pequeñeces y mezquindades) quedaban a retaguardia, superadas (p. 405-406). A su vez, Sonora se va del libro —del libro en sí, sin contar el epílogo— cuando “entraba de lleno [...] a la historia global del país” (p. 410). Ya volveremos sobre esto.

Es esa historia, la de “los cálculos de campanario”, la de las pequeñeces locales, la regional, la pueblerina pues, la que cuenta el libro, porque finalmente, es en ella donde Aguilar encuentra las razones secretas del triunfo de los sonorenses sobre el viejo ejército, sobre el huracán villista y la secular raigambre zapatista e, incluso, sobre la férrea voluntad y la clara noción de Estado del primer jefe. En esa historia local Aguilar descubre una serie de experiencias que permitieron (o que explican) el éxito de estos hombres “y el modo como estas experiencias parecen anticipar, más ajustadamente que las del México agrario y campesino, las prioridades de la sociedad mexicana revolucionaria”.¹⁸

Para poder hacer eso había que saber qué cosa era eso de Sonora, esa Sonora a la que llegó don Pancho Madero “una madrugada glacial” de enero de 1910, y esa “composición de lugar” es la que traza Aguilar en la primera parte del libro (tres tiene, y guardan un notable equilibrio interno). No se trata aquí de contar la historia de Sonora sino de presentarnos a los actores en su escenario, al que echamos aquí un vistazo. Sabemos aquí

¹⁸ “Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana”, en *Saldos de la Revolución. Cultura y política de México, 1910-1980*, México, Editorial Nueva Imagen, 1982, 276 p. (Serie Historia), p. 15-56, p. 17; ensayo presentado en el simposio *Caudillo y Campesino in Modern Mexico*, en Cambridge, 1977 —y publicado en el libro que recogió las ponencias, coordinado por David A. Brading—, y dice Aguilar Camín que, habiéndose lanzado a la escritura de *La frontera nómada* sin hipótesis previas, recogió las que hubieran podido serlo en esta ponencia. Ese ensayo presenta las características de esas tradiciones.

quiénes eran y qué hacían los protagonistas de esta historia antes de que la misma empezara, qué agravios contra el régimen habían ido acumulando durante el auge porfiriano de Sonora y los desequilibrios, reajustes y acomodados que éste —como todo auge— había generado.

Vemos desfilar por estas páginas, que cruzan la geografía sonorenses de sur a norte, a quienes estaban dispuestos a secundar al *Apóstol de la Democracia*, y qué razones tenían para hacerlo: herederos de viejas familias venidas a menos o desplazadas del candelero por los mandamases porfiristas del estado —Luis E. Torres, Ramón Corral y Rafael Izábal—, como José María Maytorena, Francisco de P. Morales, Ignacio L. Pesqueira, Manuel Mascareñas, Severiano Talamante o Benjamín Hill; dirigentes populares como Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón; jefes visibles de la histórica huelga de Cananea y futuros generales revolucionarios, o, como Luis Espinosa y Luis Matus, caudillos de los yaquis rebeldes; y, sobre todo, jóvenes de los estratos medios de la sociedad sonorenses, inflamados por el patriotismo liberal-jacobino y por sus propias ambiciones, como el cantante y administrador de haciendas Adolfo de la Huerta, y otros “porteños de pro”, como Carlos Randall y Eugenio Gayou, y tantos más: el telegrafista Ramón P. de Negri, el fotógrafo Jesús Abitia, el pequeño comerciante Salvador Alvarado, el consultor de minas Ignacio Bonillas, el cajero Juan G. Cabral, el mesero Pedro Bracamonte y hasta el bandolero Juan Antonio García. Todos son retratados con trazos que no por breves dejan de mostrar al personaje, muchas veces con un punto de esa ironía desacralizadora que campea por todo el libro. Así por ejemplo, tras presentar uno a uno a los principales maderistas de Guaymas, pone en escena, al final de la lista, a un personaje que conforme el libro se acerque a su fin va a crecer en importancia:

y, menos activamente que los anteriores, un ex maestro de escuela, medio miembro o medio hermano de una de las familias más viejas del estado, ex funcionario infamado del ayuntamiento de Guaymas, un hombre al que perseguían los incendios y la fama alcohólica y ahora probaba fortuna como comisionista y comerciaba por asignación en el puerto externando con discreción recelosa su maderismo: Plutarco Elías Calles [p. 87].

Por supuesto que para un personaje como Calles no basta con tan escueta aunque precisa presentación, pero hay que esperar más de cien páginas para ver, en “un comisario para Agua Prieta”, los detalles de esta historia.

Un mecanismo narrativo permitió a Aguilar Camín hacer esta reconstrucción lo menos árida posible: seguir el itinerario de la gira de Madero por el estado, “contando demoradamente las características del lugar a que

llegaba. De manera que cuando la gira termina en el libro, de algún modo se ha leído una historia de la vida sonorenses durante el Porfiriato".¹⁹

Como arriba decíamos, la historia de estos hombres está hábilmente entretejida con la de los desequilibrios y agravios generados en esa frágil sociedad de frontera por la acelerada modernización porfirista y la incorporación de Sonora (a lomos de ferrocarril) al resto del mundo, y Aguilar lo hace de manera tal que casi podríamos decir que cada uno de los futuros jefes de la insurrección representa un agravio particular.

De las seis "tradiciones" sonorenses que para Aguilar "parecen anticipar, más ajustadamente que las del México agrario y campesino, las prioridades de la sociedad mexicana posrevolucionaria", cuatro pertenecen claramente a este periodo (y las otras dos tienen raíces en él):

- 1) Frente al subsuelo indígena, la experiencia regional de la cruenta guerra de El Yaqui.
- 2) Frente a la cuestión agraria, el ejemplo probado de las haciendas exportadoras del Noroeste, escasez de agua —no de tierras— y de litigio ejidal y comunal.
- 3) Frente a la bisoña clase obrera mexicana, el boom crítico de los distritos mineros norteros de principios de siglo.
- 4) Frente a las exigencias de la lucha armada, el hábito del patrocinio gubernamental a la autodefensa en un medio de violencia continua.²⁰

La segunda parte del libro, "El maderismo en Sonora", muestra en acción a los hombres presentados en la primera (y a otros que se fueron incorporando, como un Pancho Manzo, otro Pancho, Serrano de apellido, y, principalmente, un tal Álvaro Obregón, del que hablaremos más adelante) a la hora, primero, de conducir una rebelión local que, aunque fue creciendo en intensidad y ritmo conforme avanzaba 1911, terminó con un triunfo aparente debido no tanto a los esfuerzos de los rebeldes sonorenses como a lo sucedido en otras partes del país (sobre todo del otro lado de la Sierra, en Chihuahua),²¹ pero, más aún, a la hora de administrar —también localmente— el triunfo.

¹⁹ "Entrevista...", p. 12.

²⁰ Héctor Aguilar Camín, "La revolución que vino del norte", en *Saldos...*, p. 15-74, p. 17.

²¹ El papel primordial de Chihuahua en la revuelta maderista está fuera de toda duda, aunque Santiago Portilla (*Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, dibujo cartográfico de Ignacio Márquez Hernández, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1995, 652 p., ils., mapas) ha mostrado cómo lo que terminó obligando a capitular al gobierno de Díaz y al ejército federal fue la sorprendente multiplicación de rebeldes y amotinados en todo el país, sobre todo conforme avanzaba 1911, de modo que tras la toma de Ciudad Juárez por Pascual Orozco y Pancho Villa, el ejército federal estaba a punto de ser rebasado. Así vistas las cosas, aumenta la importancia —nacional— de la "insurrección de cien cabezas" que sacudió a Sonora entre enero y mayo de 1911, y que cuenta Aguilar Camín en las p. 127-207.

Como no se trata aquí de hacer una sinopsis de la revolución sonorenses ni un resumen de nuestro libro (que necesariamente lo despojaría de su vigoroso colorido), tendremos que limitarnos a señalar que en la segunda parte del libro empieza a quedar claro que no hay nada que divida más a un grupo revolucionario que la administración del poder conquistado, incluso cuando se trata, como aquí, de un poder frágil y precario. En lo único que los jefes sonorenses estuvieron de acuerdo siempre, entre junio de 1911 y febrero de 1913, fue en la necesidad de fortalecer las fuerzas “irregulares” del estado, es decir, los veteranos de la revolución maderista, en contra de la opinión del gobierno federal (lo mismo con León de la Barra que con Madero), que no quería otra cosa que despachar a sus casas a los rebeldes y apoyarse en el viejo ejército.²²

Luego de varios meses de brega con el gobierno federal, la rebelión de Pascual Orozco en Chihuahua vino a dar a los sonorenses argumentos válidos en su defensa de los contingentes irregulares, e incluso les permitió reclutar nuevas fuerzas, permitiendo así la tardía aparición en escena del verdadero protagonista de esta historia: “un pequeño agricultor en ascenso: Álvaro Obregón Salido” (p. 222), quien como presidente municipal de Huatabampo reclutó el cuerpo de voluntarios que se convertiría en la más efectiva de las columnas móviles en la lucha regional contra el oroquismo, casi la única que contrarió el tradicional espíritu provinciano de la autodefensa sonorenses, que mantenía al grueso de las tropas clavadas en sus respectivos pueblos, bravas en la protección de sus terruños pero reacias a combatir fuera de ellos. Obregón, que por fin aparece en la historia y en este libro, había llegado a alcalde de su pueblo merced a su parentesco y cercana amistad con Benjamín Hill, a viejos lazos personales con los rancheros de la zona y los pueblos mayores, así como a un claro sentido de la oportunidad que, sin embargo, había dejado escapar la rebelión maderista para salir de la oscura medianía provinciana a que estaba reducido. El llamado del gobierno del estado a alistarse contra la rebelión de Orozco le brindó a Obregón una segunda oportunidad que, esta vez, no dejaría escapar.²³

²² La eficaz defensa de las tropas maderistas hecha por Maytorena “es la causa original del vigor con que los hechos revolucionarios se dieron años después en el noroeste” (p. 165). De hecho, las tropas “irregulares” o “auxiliares”, es decir, los maderistas que habían conservado su armamento y organización fueron muy importantes en el estallido de la revolución constitucionalista en Chihuahua, Coahuila, Durango y Sinaloa, y esenciales en Sonora. Gobernadores de origen maderista como Maytorena y sus colegas Abraham González, de Chihuahua, y Venustiano Carranza, de Coahuila, defendieron a capa y espada la existencia de “sus irregulares”, vale decir, de las tropas maderistas estatales. Véase el papel de los irregulares en el inicio de la revolución contra Huerta en Sonora, en las p. 256-261.

²³ “Anda, ahora tienes una buena oportunidad que debes aprovechar para vindicarte; tú que no has sido ni eres otra cosa que un caciquillo”, le dijo su sobrino, el coronel Benjamín

No vamos a seguir aquí los pasos de Álvaro Obregón ni de los demás jefes de los contingentes sonorenses, que para eso está el libro de Aguilar. Baste con consignar que, hacia principios de 1913, la rebelión de Orozco quedaba reducida al tradicional bandolerismo del talón de Aquiles de la geografía sonora (las serranías nororientales, en los confines con Chihuahua), y que Maytorena estaba firmemente asentado en el poder estatal, con el veleidoso apoyo de los “coroneles” de origen maderista, sobre todo del de más reciente promoción: Álvaro Obregón.

El cuartelazo de la Ciudadela y el asesinato de Madero y Pino Suárez abre la tercera parte del libro, “El constitucionalismo sonorense”. Los poderes de Sonora fueron los únicos, con los de Coahuila, que desconocieron al gobierno castrense de Victoriano Huerta. A diferencia de Coahuila, cuyas fuerzas irregulares eran escasas y poco fogueadas y que estaba muy bien comunicado con el centro, Sonora tuvo en su favor su tradicional aislamiento y unas entusiastas tropas estatales, mandadas por jefes jóvenes y ambiciosos, que rápidamente pusieron a los federales a la defensiva. Entre el 13 de marzo y el 13 de abril de 1913 los rebeldes sonorenses limpiaron de enemigos la zona fronteriza y aislaron a los federales en el puerto de Guaymas, abriendo el camino de una revolución respaldada por los poderes legítimos del estado, que buscaría hacerse mediante un ejército profesionalizado, sin subvertir la economía ni el orden institucional de la entidad que, en la visión de los jefes sonorenses, eran indispensables para llevar adelante la guerra.

El peculiar origen de esta rebelión, cuyo tono fue “el de una nación que cierra filas” frente a otra que la agrede, explica las dos “tradiciones” que nos faltan para completar las seis de que arriba hablamos: la de “un modelo insurreccional cuyo eje fue el control burocrático y financiero de un gobierno constituido, lo cual quiso decir que, para financiar la revolución, la estructura productiva vigente debió ser preservada, no destruida”, y la creación de “una maquinaria bélica socialmente neutra, un ejército de paga cuya eficacia en general pospuso y diluyó las demandas de los combatientes y encumbró un liderato” proveniente de los estratos medios, mitad urbanos, mitad rurales. La primera de estas tradiciones les dio la experiencia necesaria para enfrentarse a los retos del Estado posrevolucionario; la segunda les permitió construir un ejército eficaz, basado en una “moral del haber”, capaz de derrotar en el campo de batalla al viejo

Hill. El camino de Álvaro Obregón hasta el empleo de teniente coronel jefe del 4o. Batallón Irregular de Sonora, en las p. 222-231, y en un ensayo de Aguilar tan profundo como sarcástico (desde el título): “Postdata 1. Macbeth en Huatabampo. Álvaro Obregón Salido, 1880-1928”, en *Saldos...*, p. 57-74.

ejército federal primero y a los ejércitos populares del zapatismo y el villismo después.²⁴ Cuenta nuestro autor:

En lugar del “pueblo en armas”, apareció ante mis ojos un gobierno estatal que organizaba la guerra, a partir de una larga tradición de autodefensa de los pueblos, pueblos acostumbrados a guerrear y a defenderse. En lugar de un ejército popular desbordado, apareció un ejército profesional cuyos soldados cobraban un “haber”, y cuyos jefes eran nombrados por el gobierno rebelde. Se trataba de una revolución administrada por un gobierno mediante un ejército profesional que ese gobierno pagaba con sus propios ingresos, provenientes en su mayor parte de las grandes empresas mineras y agrícolas del estado, generalmente extranjeras. Para conservar sus ingresos y pagar su ejército, el gobierno local tenía que cuidar los intereses de esas compañías, mantenerlas trabajando.²⁵

Esto sale a relucir a través de la muy puntual y detallada historia de ese gobierno y ese ejército, y los hombres que los construyeron, siempre desde la óptica pueblerina, y recuérdese que no hay profeta en su tierra ni grande hombre para su ayuda de cámara. Vemos cómo crecen las rencillas internas al ritmo de los éxitos frente al enemigo exterior (recuérdese el “tono” de esta rebelión) y, finalmente, cómo va consolidándose, en detrimento de los otros grupos, el nuevo triunvirato sonorense (que, como el de los mosqueteros, era un trío de cuatro, porque a Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta hay que agregar a Benjamín Hill).

Eso fue posible por el éxito militar de las fuerzas revolucionarias de Sonora, convertidas en División del Noroeste y luego Cuerpo de Ejército del Noroeste por Venustiano Carranza, el gobernador maderista de Coahuila que pudo hacer efectiva su autodesignación como primer jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo gracias al apoyo que le dieron los jefes sonorenses enemigos de Maytorena, cuando lo recibieron en su estado, único territorio claramente conquistado por la Revolución durante el verano de 1913. A su vez, Carranza le dio su total respaldo a los enemigos de Maytorena y, sobre todo, a Álvaro Obregón. Vemos en esta parte cómo el de Huatabampo se convierte en el jefe militar de los sonorenses gracias a su habilidad política, aprovechando siempre las rencillas entre los otros (parafraseando el conocido aforismo atribuido a Catalina de Médicis: “dividir para reinar”).

También nos muestra el libro que no sólo fue eso lo que encumbró a Obregón, porque Aguilar Camín no comete un error recurrente entre los

²⁴ “La revolución que vino del norte”, *loc. cit.*

²⁵ “Entrevista...”, p. 18.

revisionistas: olvidarse de que a fin de cuentas, la Revolución es lucha armada, y que su historia política no se entiende sin su historia militar. No se olvida, pues, de que si Obregón obtuvo el mando de las tropas estatales gracias a una adecuada combinación de sentido de la oportunidad, astucia y buena suerte, lo consolidó mediante una serie de victoriosas batallas que lo convirtieron en un jefe militar de primera línea. Tampoco se olvida de hablarnos de esas batallas, no con croquis ininteligibles para los legos (a fin de cuentas, los principales destinatarios del libro) ni con fatigosas e innecesarias reproducciones de los ampulosos partes del general Obregón (total, quien quiera verlos puede recurrir a los *Ocho mil kilómetros en campaña*), sino de manera tan sintética y comprensible como bien lograda. Va, como botón de muestra, la manera en que resume el significado de la batalla de Santa María:

El repliegue fue esta vez más profundo, hasta la Estación Ortiz, y el plan de batalla, idéntico en el trazo al de Santa Rosa, tuvo dos o tres movimientos adicionales que la vuelven la primera batalla en verdad genial de Obregón: por el cálculo de todos los factores, porque en ella la lucha es sólo el remate de una fría y sencilla reducción de las posibilidades combativas del enemigo, por la notable movilidad que confirió a sus columnas para ocupar puestos clave sin arriesgar ni hombres ni cartucho; en fin, por la precisa concepción de un cerco múltiple cuyas convergencias tácticas fueron siempre ignoradas o al menos imprevisibles para los federales [p. 347].

Y es al ritmo de las victorias militares cosechadas por los sonorenses entre marzo de 1913 y julio de 1914 que esta muy local historia empieza a dejar de serlo, no para todos, pero sí para los que geográficamente se alejaban cada vez más, es decir, Obregón y los demás jefes del ejército (el libro termina dejando a Manuel M. Diéguez en Jalisco, a Juan José Ríos en Colima, a Benjamín Hill en el corazón de la República y, casi, a Salvador Alvarado en Yucatán: los grandes cacicazgos militares del periodo 1915-1935 empezaron con la siembra, en variopintas regiones, de los victoriosos generales sonorenses).

El momento decisivo de ese tránsito, en que Obregón deja atrás la historia pueblerina de estas páginas para integrarse de lleno a la historia nacional, se debió ¡otra vez! a las rencillas entre los otros y a su muy aguzado sentido de la oportunidad: el primer jefe Venustiano Carranza y Pancho Villa, jefe de la División del Norte, la más poderosa de las columnas revolucionarias, tenían concepciones irreconciliables sobre la conducción de la Revolución, y la ruptura entre ellos, que “se había ido cociendo lenta, pero firmemente”, estalló violentamente en junio de 1914, cuando los generales villistas desconocieron abiertamente al primer jefe,

en cuyas órdenes no veían ya “sino malevolencia, doble juego, autoritarismo, hambre de subordinados incondicionales, deseos de reducir el movimiento a los caprichos de una voluntad” (p. 400).

Pancho Villa, desobedeciendo las órdenes de Carranza, tomó Zacatecas, llave militar del centro del país, pero tuvo que retroceder para negociar con Carranza, porque las tropas de la División del Noreste, leales a Carranza, se situaron en una posición que amenazaba claramente las líneas villistas. Así detenidos los otros dos ejércitos norteños, Obregón y los suyos, urgidos por Carranza, cruzaron rápidamente la Sierra Madre, derrotaron en Orendáin y El Castillo al último ejército que Huerta pudo reunir, y se echaron sobre la ciudad de México: al firmar los acuerdos de Teoloyucan y entrar el primero a la ciudad de México, Álvaro Obregón dejaba atrás, para siempre, las pequeñeces de la también pequeña historia y se erguía como un caudillo nacional:

El llamado del porvenir clausuraba los traspies del pasado; las amenazas militares de los puertos que había saltado en su prisa y las de la ilegitimidad y oportunismo que arrojaba su cuestionable biografía revolucionaria, eran ahora la retaguardia, un mundo rebasado, derrotado, al que habría de volver como quien vuelve al pueblo de la infancia, a reconocer la estrechez de calles que el recuerdo quería gigantescas. Y gigantescas eran las cosas de Sonora para quienes se quedaron [p. 406].

Porque aquí salen del libro Obregón y quienes con él marcharon rumbo al sur, pero no los que se quedaron en Sonora, donde un acorralado y casi vencido Maytorena sacó nuevas fuerzas de su alianza con Pancho Villa, y le dio un vuelco a la situación, encerrando a sus enemigos, los carrancistas sonorenses, “en dos puntos fronterizos muertos”, donde “contaban las horas”:

Para las duras jornadas por venir, todo tendría que venir de afuera, y “afuera” era una nación convulsa, armada, dividida, que los sonorenses habían empezado apenas a conocer y transitar. La transitarían por años hasta dejar en ella huellas imborrables. Después de siglos de aislamiento, opresión geográfica, colonización cruenta y solitaria, Sonora entraba de lleno en esos días a la historia global del país. Salía, querido lector, de la muy regional y verdadera que aquí casi terminas [p. 410].

Y ahí parece dejarnos Aguilar, justo cuando sus personajes empiezan a remontar el vuelo, “a tomar fuerza y contorno propios”.²⁶ Pero aún falta un epílogo de título muy explícito: “Antes del reino (1916-1920)”,

²⁶ *Ibid.*, p. 27.

en que saltándose la participación de los sonorenses en la guerra civil de 1915 (la lucha de constitucionalistas contra convencionistas, que en Sonora fue de callistas contra maytorenistas), porque los que no estaban en Sonora sí se fueron del libro, nos cuenta cómo gobernaron a una Sonora desgarrada los hombres que habrían de imponerse sobre el país entero a partir de 1920 (y aunque, como dijimos, varios sonorenses señorearon otras regiones en vísperas del reino, eso también queda fuera del libro), porque esos cinco años de impaciente espera terminan de mostrar lo que Aguilar Camín quería sacar a la luz:

Si como quiere Elías Canetti vivimos sobre un montón de hombres y animales muertos, y nuestra identidad se alimenta de todos aquellos a quienes hemos sobrevivido, podría decirse que el subsuelo del poder sonorenses está lleno de tumbas —de ahí su solidez— y que su resistente identidad se nutre de haber sobrevivido a una de las más extensas nóminas de enemigos que alguien haya vencido, internamente, en la historia de México. Pero ninguna arcilla más antigua y dura, ninguna sobrevivencia más concreta que la obtenida por ese poder de las muertes y el sometimiento de los yaquis [p. 446].

Y aquí sí termina, no donde quería terminar Aguilar, porque “*La frontera nómada* es un fragmento del libro que me propuse escribir y que probablemente no escribiré”, un proyecto “desmesurado pero coherente” de recrear la historia del dominio sonorenses sobre la Revolución, “desde su prehistoria, en la Sonora porfiriana, hasta la expulsión de Calles en 1936”.²⁷ Quizá no escribió las partes siguientes porque lo dicho en *La frontera nómada* le permitía llegar a esa “historia para hoy” que fue el impulso primigenio y vigoroso que lo llevó a estudiar la historia de la Revolución y, en particular, de los vencedores.

Podríamos suponer que habiendo explicado así el sustrato y la fuerza de los sonorenses, habiendo comprendido lo mejor posible a los fundadores de un Estado que estaba tan mal dispuesto a sufrir como presto a contribuir a su destrucción o transformación —como buena parte de su generación—, Héctor Aguilar Camín fue abandonando la investigación histórica propiamente dicha para regresar a su vocación y a su pasión originales: el periodismo político y la política propiamente dicha, aunque no en el papel tradicional del político activo, sino el de asesor y consejero a veces, o crítico vigilante, de las elites gobernantes, haciendo suyo lo escrito por otro de los personajes de *La guerra de Galio* (el epónimo Galio Bermúdez):

²⁷ *Ibid.*, p. 24.

La idea fundamental de *La coerción ilustrada* era que toda la historia mexicana podía leerse como una lucha de elites modernizantes contra sociedades nacionalistas, como una permanente coerción civilizadora que bajaba de cúpulas impacientes y despóticas hacia bases inmemoriales y recalitrantes.²⁸

Había, pues, que estar con esas elites, que enmendarles la plana o colaborar con ellas en sus afanes. “La coerción ilustrada” es el capítulo III de “Leviatán criollo. Constantes históricas del Estado mexicano”, un ensayo que presentó en 1982. En 1993 Aguilar lo reunió con otros textos para integrar sus *Subversiones silenciosas*,²⁹ en las que esa “coerción ilustrada” es una de las ideas estructuradoras.

Pero eso es meternos con otro Héctor Aguilar Camín: a veces se nos olvida que también los individuos son históricos, también cambian, aunque no hay duda de que en el origen del tan polémico y discutido como indispensable analista político que es hoy Héctor Aguilar Camín, que detrás del agudo observador de la realidad nacional, del brillante intelectual que se comprometió a fondo con un proyecto político que lo convenció, del exitoso novelista, está el joven y apasionado historiador de *La frontera nómada... y ¿quién sabe?*, quizá aún nos tenga reservadas otras sorpresas.³⁰

²⁸ *La guerra...*, p. 587.

²⁹ Dice Aguilar Camín que *La frontera nómada* “es el libro que justifica mi condición de historiador”; ahora “soy un historiador sólo en el sentido de que hablo de la historia del país y escribo ensayos con ideas generales sobre el tema” (“Entrevista...”, p. 26), ensayos, añadimos nosotros, siempre discutibles y provocadores, insertos en la añeja tradición del género. Quizá los más significativos de esos libros sean un ensayo de largo aliento que concluye con un “voto particular” de Aguilar sobre el futuro inmediato del país (que ahora es pasado inmediato), *Después del milagro*, México, Cal y Arena, 1988, 296 p.; y *Subversiones silenciosas: ensayos de historia política de México*, México, Aguilar, 1993, 215 p. (Nuevo Siglo). Actualmente prepara uno más, que titulará *Pasado abierto*.

³⁰ No resta sino hacer una breve mención de la recepción que tuvo el libro en los medios académicos, recordando lo que se dijo al principio sobre la cantidad de ediciones agotadas por el público. Si bien es cierto que las reseñas que le fueron dedicadas fueron muy pocas (tras un demorado aunque no exhaustivo rastreo hemerográfico sólo encontré dos), el libro era necesariamente mencionado (y elogiado) en prácticamente todos los recuentos historiográficos (véase *supra*, nota 3). Las dos reseñas se deben a las plumas de Álvaro Matute, en *Vuelta*, v. II, n. 14, enero 1968, p. 35-36, y en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, v. VII, 1979, p. 243-245, y Henry C. Schmidt, *Revista Occidental. Estudios Latinoamericanos*, México, año I, n. 3, mayo-agosto 1984, p. 341-353.

